

Antonio de Undurraga

Las voces líricas de Ada Negri y Pezoa Véliz, coincidieron



COMUNMENTE se cree que sólo une a los hombres la convivencia en una misma ciudad, un mismo club o cenáculo; la convivencia en un mismo país o grupos de países limítrofes, pero cuando se capta lo que podríamos llamar la convivencia de la época, a través de diversas lenguas y miles de leguas de distancia, cuando este suceso se capta en el estilo y en las coincidencias de los estados de alma de los artistas, sufrimos la conmoción que produce la prueba documental de un descubrimiento imprevisto: que el mundo es extraordinariamente pequeño, pese a que las aduanas y las nacionalidades, parecen hacerlo un laberinto o un globo tan inmenso.

Hoy traemos a colación estas observaciones con motivo del poema de Carlos Pezoa Véliz (nacido en 1879 y muerto en 1908), intitulado «Tarde en el Hospital» y que es gemelo de otro de Ada Negri, cuyo título es «Nevada».

He aquí el texto de la bella composición de Pezoa Véliz:

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo;
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Este poema fué escrito por Pezoa Véliz en el Hospital Alemán de Valparaíso (Chile) en el cerro Alegre mientras, en hermética soledad, se le curaban las fracturas y heridas recibidas con motivo del accidente que sufrió en Viña del Mar, al ser aplastado por un muro, en el terremoto acaecido en 1906. He aquí por qué nos ha dicho:

«Y pues solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo».

En efecto, desde su lecho—subrayamos, nuevamente, el fantasmagórico y desolado panorama—el poeta veía las casas, las hélices de la luz crepuscular, veía la lluvia y escuchaba el negro y silbante viento de Valparaíso; veía las colinas descender, suavemente, hasta el mismo mar; veía tantas calles, callejas, casas, cerros y caminos, veía tanta y tanta vida que iba a converger en el puerto mismo, a ese otro gran camino (que él también ya había recorrido, hacia el Norte, en 1905, hacía solamente un año) y que era el mar, el mar azul pero con un leve confín de cabos, de diminutas montañas que, a lo lejos, se divisaban como finos y mágicos encajes de niebla. Pero el poeta sólo miraba y miraba... y él que fué el gran andariego, el pícaro y el romántico que amó tanto los caminos, hoy sólo piensa en sus fracturas y que, acaso, ya para siempre, será un inválido, y nos dice:

«Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso».

Desde las columnas de la revista «Repertorio Americano», el escritor chileno Arturo Torres Rioseco, denunció a este poema como un plagio o imitación de otro de Ada Negri, e intitulado «Nevicata», que reza como sigue:

«Sui campi e su le strade
silenziosa e lieve,
volteggiando, la neve
cade.

Danza la falda blanca
ne l'ampio ciel scherzosa,
poi sul terren si posa
stanca.

In mille inmote forme
sui tetti e sui camini,
sui cippi e nei giardini
dorme.

Tutto dintorno é pace:
chiuso in oblió profundo
indifferente il mondo
tace...

Ma ne la calma immensa
torna ai ricordi il core,
e ad sopito amore
pensa».

Mas, con el objeto de dilucidar este asunto y hacer un cotejo más evidente de ambas composiciones, resolvimos traducir, libremente, a fin de darle rima, el poema de Ada Negri. He aquí nuestra versión:

«Su espuma el campo atrae
y silenciosa y leve
planeando, la nieve
cae.

Coagula el copo al viento,
burla a la adusta encina
y pronto se reclina
lento.

Pero blanca e inerme
en columnas y muros,
en los parques oscuros
duerme.

Ya en paz todo se halla
y en su olvido profundo,
indiferente el mundo,
calla.

Mas, ni la calma inmensa
da al corazón sentido
y en su amor hoy destruído
piensa».

Norberto Pinilla, al examinar este asunto, ha manifestado lo siguiente: «Estos versos (nos dice al referirse a «Tarde en el Hospital» de Pezoa Véliz), compuestos al final de su existencia, y cuando yacía postrado de una operación quirúrgica, no pueden ser plagio por dos razones: una cultural. El poeta no poseía el italiano. Por ese tiempo, Ada Negri era sólo conocida en Italia; de modo que el poema «Nevicata» (perteneciente a su libro «Fatalitá», editado en Milán en 1902) quedó, con muchas probabilidades, ignorado del chileno. La otra razón es fisiológica. El estar postrado en un hospital, postración que lo llevó a la muerte, es poco propicia para lecturas. El dolor invita más a la meditación que a la búsqueda de primores literarios».

Claro está que, por desgracia, Norberto Pinilla haciéndose parte en unas ligeras afirmaciones acerca de la incultura del poeta (afirmaciones hechas con cierto barniz literario por un compañero de generación de

Pezoa Véliz), apela también a una posible incultura del mismo que, felizmente, nunca existió, para probar que no pudo haber conocido el poema de Ada Negri. Nosotros, por el contrario, al negar, rotundamente, la leyenda negra de su incultura, que fué lanzada por d'Halmar, en un momento poco feliz y sin darse cuenta de los errores que ella iba a acumular, creemos que Pezoa Véliz pudo haber conocido el poema de Ada Negri, por intermedio de Betellini, o algún otro intelectual vecindado en Santiago o Valparaíso, a principios del siglo. Pero, al mismo tiempo, afirmamos, que el haber o no conocido dicho poema Pezoa Véliz, no tiene ninguna importancia, pues «Tarde en el Hospital», es un poema tan pleno, tan profundo, tan íntimo, que no hay ningún obstáculo humano para no creer que es lo más natural que tanto Pezoa Véliz como Ada Negri, en los mismos años y días del siglo, el uno mirando y oyendo la lluvia, desde un hospital, en soledad perfecta; y la poetisa, mirando la nieve, desde los jardines de su casa (y también en dura soledad perfecta), es lo más natural—decimos—que hayan coincidido, el poeta dando a su poema una trama de soterrado dolor, y la poetisa una contenida y alada desventura.

He aquí el prodigio de dos estados de alma paralelos, que hallaron un molde o mascarilla idéntica, en los mismos días del mismo siglo; he aquí el prodigio de dos lágrimas gemelas vertidas a miles de millas marinas de distancia, por dos vidas y dos rostros dolorosos, pero tan distintos...

Buenos Aires, octubre de 1950.